

SHIKÉ

ROBERT SHEA

SHIKÉ

Traducción de Pere Muñoz



Consulte nuestra página web: <https://www.edhasa.com>
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Título original:
Shiké. Time of the Dragons
Shiké. Last of the Zinja

Diseño de la cubierta: Jordi Salvany

Primera edición: septiembre de 2008
Segunda reimpresión: julio de 2022

© 1981 by Robert Shea
© de la traducción: Pere Muñoz, 2004
© de la presente edición: Edhasa, 2004, 2008
Diputación, 262, 2.º 1.ª
08007 Barcelonas
Tel. 93 494 97 20
España
E-mail: info@edhasa.es

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*,
bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total
de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía
y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella
mediante alquiler o préstamo público.
de ella mediante alquiler o préstamo público.

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra o entre en
la web www.conlicencia.com.

ISBN: 978-84-350-1781-7

Impreso en Barcelona por: CPI Black Print

Depósito legal: M-3.436-2010

Impreso en España

SUS VIDAS ERAN HEBRAS
EN EL DORADO TEJIDO DEL KARMA

JEBU: El valiente zinja. Su destino era cabalgar bajo la bandera del Dragón Blanco de la feroz familia Muratomo... matar al asesino de su padre... y, contra toda esperanza, amar a la mujer que nunca podría ser verdaderamente suya.

TANIKO: El destino la había entregado a un cruel esposo... pero la conduciría a las puertas del poder mundano... e incluso hasta el propio Shogun.

HORIGAWA: Príncipe del campo Takashi, abandonó a Taniko a la misericordia de los bárbaros.

YUKIO: El heredero de los Muratomo, marcado de muerte por el triunfante clan Takashi. Exiliado en China, él y Jebu presentan batalla a la furia mongólica del Gran Khan, emperador del mundo.

KUBLAI KHAN: Extraordinario soberano, guerrero y amante, decidiría el resultado del amor entre Jebu y Taniko.

Primer libro

TIEMPO DE DRAGONES

*Para Ruth D. Shea, mi madre,
que me enseñó a admirar
a todos los pueblos del mundo*

PRIMERA PARTE

El libro de Jebu

*El Zinja no halla felicidad en las cosas de este mundo,
porque no duran.*

*No halla felicidad en las cosas eternas,
porque no hay cosas eternas.*

Halla su felicidad en la nada absoluta.

Manual del Zinja

I

Desnudaron a Jebu completamente. Arrojaron su amarilla túnica de aspirante a la cuenca de fuego, al lado derecho del altar.

—Ya no necesitarás eso. Mañana por la mañana te pondrás el hábito gris del iniciado. O estarás muerto y quemaremos tu cuerpo.

Sentado sobre un taburete de madera sin pintar, frente al altar, Taitaro, abad del templo del Ave Acuática, miró fijamente a Jebu. Alrededor del cuello llevaba la sencilla cuerda blanca que definía su nivel. Era el padrastro de Jebu, pero esta noche sus ojos decían: «No te conozco». Si su hijo fallaba, quemaría el cuerpo de Jebu, arrojaría las cenizas al basurero y nunca volvería la espalda.

La delgada túnica fulguró con un siseo, lanzando pavesas por los aires. A medida que se encrespó y ennegreció, un cordel de humo se enrolló hacia arriba, en las oscuras vigas de ciprés del techo.

—Tal como esa túnica se reduce a cenizas, así se consumirá tu vida entera esta noche. Entérate de esto, aspirante Jebu: pase lo que pase, vivas o mueras, mañana serás nada. —La boca de Taitaro estaba fija en una línea recta tras su corta barba negra, y sus ojos cansados y profundos ardieron sobre los de Jebu.

Un monje, al lado izquierdo del altar, golpeó con un mazo de madera un tronco hueco que colgaba del techo del templo. Un estruendo profundo y musical resonó a través del recinto.

—Lleven al aspirante a la cripta —ordenó Taitaro con voz queda.

Dos monjes en hábitos negros, portando antorchas de pino encendidas, se colocaron a ambos lados de Jebu. Sus coronillas no alcanzaban siquiera a los hombros del muchacho, que se mantuvo erguido, reprimiendo el deseo de agacharse para tratar de parecer más bajo. ¡Era tan doloroso ser diferente a los demás! ¿Había Taitaro elegido a propósito a los dos hombres más bajos del monasterio para ponerse a los lados de Jebu, únicamente para humillarlos?

Los dos monjes dieron un paso al frente al mismo tiempo; sus sandalias de suelas de madera restallaron en el piso de piedra. Jebu dio un paso adelante con ellos, empezando con el pie izquierdo, tal como le habían ordenado, y su planta desnuda se contrajo al contacto del frío suelo. Sería mejor que se acostumbrara al dolor. Recibiría mucho más antes de que llegara la mañana. Caminó con los monjes alrededor del bloque de piedra negra que servía como altar en el templo zinja. En la oscura pared detrás del altar se veía la sencilla silueta de un ave acuática, labrada por un escultor cuando se construyó el templo.

Los monjes decían que el templo del Ave Acuática era tan viejo que ya existía cuando Amaterasu, la diosa del sol, designó a su tataranieta, Jummy, como el primer emperador de estas islas. Tenía un armazón de madera, con paredes de papel, sobre una plataforma de piedra. La plataforma había sido directamente tallada de la roca de la montaña. Los zinja no conservaban las anotaciones, así que nadie sabía exactamente cuándo fue construido el templo. En la montaña, bajo el templo, se cavaron pozos, cámaras y túneles, y con el paso de los siglos se hicieron más profundos y enrevesados, como las raíces de un viejo árbol.

En el suelo del altar justamente, se abría una entrada cuadrada cuyos escalones de piedra conducían abajo hacia la oscuridad. Anteriormente Jebu sólo había descendido a la cripta en tres ocasiones, cuando algún monje de la orden había muerto y se llevaron allí sus cenizas en una procesión.

Uno de los escoltas de Jebu hizo una señal, y éste comenzó a bajar por los peldaños de la cripta, sintiendo una extraña y trémula sensación cerca de su corazón. La antorcha no alcanzaba a iluminar el final de los escalones, y parecía que él descendía hacia una oscuridad total. Esto lo asustaba, tanto más porque no sabía lo que allí le esperaba. Nunca se le permitió presenciar una iniciación, y se celebraron muy pocas ceremonias como ésta durante todo el tiempo en que vivió en el templo.

Los dos monjes lo siguieron por las escaleras. A la luz de sus antorchas, Jebu pudo ver los noventa y nueve jarros de piedra repartidos sobre los nueve peldaños labrados en la pared de la cripta. Cada cripta, en cada templo zinja, contenía once urnas nueve veces. Cada vez que moría un monje, se sacaba de la cripta la urna situada más a la izquierda del peldaño más bajo, y se esparcían sus cenizas a los vien-

tos del océano, que azotaban todo el año contra el templo. Entonces, la urna, rellena con las cenizas del monje que acababa de fallecer, se introducía en el lado derecho del escalón más alto, y las otras urnas se movían un espacio a la izquierda. Durante los años, muerte tras muerte, la urna viajaba a lo largo de los peldaños hasta llegar al fondo de la cripta, y las cenizas de un monje, cuyo nombre ya se había olvidado, se arrojaban al viento.

—Estas son las reliquias de los hermanos de nuestra orden —informó uno de los monjes que acompañaba a Jebu—. Ya las has visto antes. Tal vez no sepas que casi la mitad de las jarras están vacías. Los cuerpos de estos hermanos se perdieron. Pusimos las urnas vacías aquí, en memoria suya.

El otro monje recitó:

—Casi todos los monjes cuyas urnas funerarias reposan aquí, murieron a manos de los hombres. Fallecieron en combate, fueron asesinados o ejecutados. Esto es lo que debe esperar un Zinja: tú estás pidiendo que te maten. Y a pesar de eso quieres ser un zinja. Eres un insensato.

Jebu se imaginó que esas palabras eran parte del ritual y no vio necesidad de responder.

El primer monje indicó:

—Ahora toma ese anillo que está ahí en el suelo y levántalo.

Forjado en hierro negro, el anillo relucía bajo la antorcha, ya que había sido pulido por el apretón de muchas manos. Jebu tiró de él. A los zinjas se les entrenaba para adquirir fortaleza, y Jebu, siendo de mayor corpulencia que la mayoría de los monjes, era el joven más fuerte del templo del Ave Acuática. A pesar de eso, sólo pudo levantar levemente la gran losa de piedra a la que estaba adherido el anillo; después tuvo que dejarlo caer. Uno de los monjes entregó su antorcha al otro y ayudó a Jebu. Juntos desplazaron la piedra a un lado. Los monjes le indicaron mediante un ademán silencioso que debía descender a la cámara que se hallaba bajo la losa. Era un cubículo de piedra con apenas el espacio suficiente para que él pudiera acostarse. La frialdad de la piedra sacudió su cuerpo desnudo; el pequeño recinto estaba húmedo y olía a moho.

—Yacerás en esta cámara, que cerraremos con la losa. No importa lo que ocurra, no debes tratar de salir. Si lo haces, morirás. Puede que te *parezca* que vas a morir si no escapas, pero morirás si tratas de escapar. Recuerda esto y no creas ninguna otra cosa que oigas

de ahora en adelante, hasta que el padre abad venga a soltarte cuando guste.

Jebu yació en la caja de piedra, mirando a los dos monjes. Antes pensó que eran de baja estatura; ahora parecían torres sobre él, sus rostros como máscaras extrañas bajo la parpadeante luz. Juntos, los monjes empujaron la pesada losa hasta encajarla de nuevo en su lugar. La oscuridad era completa. Acercó una mano a su rostro y la movió de lado a lado, pero no pudo ver nada. Estaba enterrado vivo en una cámara de piedra del tamaño de un féretro. Una cámara concebida para gente más pequeña que él; la parte superior de su cabeza y las plantas de sus pies se apretaban con fuerza contra los extremos cuando yacía estirado. Apenas había espacio para apartar las manos de los costados. Y cuando alzó la cabeza se pegó en la frente contra la losa que cubría la cámara.

Sentía miedo, pero no estaba dominado por el pánico. Había comenzado su entrenamiento de zinja a la edad de cuatro años, aprendiendo a conservar el equilibrio sobre barandillas de madera, a quedar colgado de las manos durante horas, a correr, a zambullirse, a nadar y a trepar; pero lo primero que aprendió fue a dominar el miedo en una situación amenazante.

—El propósito del miedo es empujarnos a conservar la vida —argumentó Taitaro—, así como el propósito del hambre es empujarnos a comer. Pero un Zinja no está interesado en conservar la vida. Su meta es perder su ansia de vivir. Sólo aquellos que han perdido esta ansia son verdaderamente libres.

De ese modo, niños pequeños, incapaces aún de leer o escribir, eran sometidos a espadazos, simulacros de muerte en la horca, mordeduras de insectos y serpientes supuestamente venenosas, y a docenas de otras horripilantes experiencias. A medida que los niños dedicados a la orden crecían, se tornaban más duros y adquirían habilidad en el uso de las armas; estos encuentros con el terror, al principio sólo simulados, se volvían cada vez más realistas. El año anterior, uno de los amigos de Jebu había muerto a la edad de dieciséis años, cuando, dominado por el pánico, cayó de una plancha de no más de treinta centímetros de ancho, usada como puente en una barranca de la montaña.

Jebu yació de espaldas en la oscuridad, en el féretro de piedra, y se preguntó, no por primera vez, si la Orden se componía de hombres locos y estúpidos y si él mismo no sería el más estúpido de

todos. ¿Por qué estaba haciendo esto? Porque lo habían agarrado cuando era niño. Porque su padre murió y Taitaro se casó con su madre y lo adoptó, y lo empujó a practicar el entrenamiento como una cosa normal.

Aunque la luz no penetraba la piedra colocada sobre él, el sonido sí, y Jebu escuchó pasos que se aproximaban, y luego una voz que decía:

–Hijo mío.

–¿Eres tú, Taitaro-*sensei*?

–Sí –contestó el abad; su voz era apagada pero inconfundible–. Hemos llegado ahora al momento culminante de tu iniciación, a la verdad que te será revelada como Zinja. Una verdad que te sostendrá a través de esta prueba y de todos los sufrimientos que te traiga la vida. La llamamos el Dicho del Poder Supremo. Jura ante todo el *kami* de este lugar, todo el *kami* de la Orden y todo el gran *kami* de estas Sagradas Islas, que no revelarás a nadie lo que te voy a decir ahora.

–Lo juro.

–Aun si otros hermanos de la Orden te dicen que ya conocen el Dicho del Poder Supremo y están sólo probándote para averiguar si lo sabes o no, no se lo debes repetir a ellos. No debes ni siquiera reconocer que lo sabes, bajo pena de ser expulsado de la Orden y aun de muerte.

–Lo entiendo –acató Jebu rápidamente, ansioso por aprender qué verdad final yacía encerrada en el corazón de los misterios del Zinja.

–Entonces escucha el Dicho del Poder Supremo. –Hubo un silencio en la oscuridad absoluta. Luego–: «Los zinjás son demonios».

–¿Qué?

–Los zinjás son demonios.

–Taitaro-*sensei*, no comprendo.

–Repítelo. Quiero estar seguro de que lo has escuchado correctamente.

–Tal vez no –titubeó Jebu.

–Muy bien. Has entendido hasta ahí.

Jebu sacudió la cabeza. Quería saltar de su caja de piedra y agarrar a su padraastro por los hombros y sacudirlo.

–Pero, *sensei*, eso es contrario a todo lo que se me ha enseñado. ¿Es un dicho verdadero, o es sólo la especie de conjuro que los hechi-

ceros usan para llamar a los espíritus? No veo cómo puede ser verdad. Los zinjás no son... no somos... eso.

—Tú no lo sabes. Todavía no eres un zinjá. Adiós ahora, Jebu. Espero verte mañana por la mañana.

Jebu era totalmente consciente del enorme peso de la piedra suspendida sobre él. De repente parecía que no había aire para respirar. ¿Qué podía significar: «Los zinjás son demonios»? A él le enseñaron a creer que la más alta vocación que un hombre podía alcanzar (a menos que hubiera nacido con la toga del Emperador) era la de ser un zinjá. Cualquiera persona, por muy humilde que fuera su nacimiento, podía ser un zinjá, si lograba resistir el entrenamiento. Hasta un intocable, un esclavo, un peludo Ainu del norte, incluso un bárbaro extranjero. Sí, esa era la razón de que él fuera un zinjá, porque admitían a cualquiera, incluso a un muchacho extraño de cabello rojo, hijo de un hombre del otro lado del mar occidental. Pero tal vez los zinjás tomarían a cualquiera «porque» eran demonios. Los demonios tomarían a cualquiera.

Algo helado tocó sus omoplatos. Se retorció para tratar de escapar de ello, y su corazón comenzó a latir con más fuerza que nunca. ¿Era el toque de un demonio? La sensación de frío se extendió a la parte inferior de su espalda, hasta sus nalgas. Puso la mano plana sobre el suelo del féretro de piedra en que yacía. Agua. El agua estaba colándose en la cámara desde el exterior. El templo se hallaba al borde del mar; tal vez cuando subía la marea, el agua penetraba en la cámara. No, no era probable; se encontraba bastante por encima del nivel del mar. Quizás esto fuera parte de la prueba. El agua continuó subiendo. Le cubría la espalda y el frío caía por sus axilas y le helaba las ingles. Sus dientes comenzaron a castañetear. Alzó la cabeza cuando el agua empapó su cabello y se golpeó la frente dolorosamente contra la losa de piedra que lo aprisionaba. El nivel del agua continuaba en ascenso y él hizo una mueca y sacudió la cabeza de lado a lado al penetrar en sus oídos. Se metió los dedos en los oídos para protegerlos.

El agua parecía lo suficientemente fría para helarle la sangre. Comenzó automáticamente a contraer todos sus músculos, en un ritmo regular que le habían enseñado, para aumentar así la temperatura corporal. El entrenamiento zinjá le permitía a un hombre soportar temperaturas congelantes durante horas. Pero, ¿a qué altura llegaría el agua? Un par de centímetros más y se ahogaría. O de

lo contrario tendría que tratar de empujar la losa de piedra a un lado, aun cuando probablemente no podría y tal vez, si lograba salir de la cripta, lo mataran. Esto era lo que le habían advertido; puede «parecerte» que vas a morir si no escapas, pero «morirás» si tratas de escapar. El agua cesó de subir cuando solamente le quedaba el rostro sin cubrir. Yació sumergido, enterrado en la oscuridad total, tiritando. ¿Cuánto tiempo tendría que estar así? ¿Cuánto tiempo antes de que muriera de frío?

Se oyó un rechinido sobre su cabeza. La losa de piedra se estaba moviendo.

—Jebu, somos Weicho y Fudo. Sal de ahí antes de que te ahogues. —Una antorcha se agitó sobre su cabeza, y la luz lo cegó después de las horas (¿o fueron sólo minutos?) que había pasado en la oscuridad. Gradualmente divisó los rostros ensombrecidos de los monjes Weicho y Fudo, que lo miraban. Le llevaban unos cuantos años, y eran una pareja inseparable, conocida por su escasa disciplina, que en una ocasión hizo que Taitaro les amenazara con expulsarlos de la Orden. Fudo era holgazán y Weicho, cruel. Entre los aspirantes, se rumoreaba que eran amantes. Jebu nunca sintió simpatía por ellos.

—No.

—Está bien. El padre abad ha dado su permiso.

—Saldré cuando él mismo me lo diga.

Hubo un silencio, y luego Fudo, el más alto y más delgado de los dos, se echó a reír.

—Eres un tonto, Jebu. Ahí te ahogarás. El propósito de la iniciación es probar si piensas por ti mismo o sigues órdenes ciegamente. Si sigues órdenes ciegamente, morirás.

Jebu no dijo nada. No estaba siguiendo órdenes ciegamente. Estaba decidiendo seguir una orden en particular, haciendo un juicio acerca de qué órdenes seguir y cuáles no.

El bajito y rechoncho Weicho susurró algo a Fudo, lanzó una risita y recordó:

—Jebu, tú eres el hijastro del padre abad y su favorito.

—Soy el hijastro del abad, pero él no tiene favorito.

—Mientes, Jebu. Escucha, tú sabes que el padre abad te ha mostrado un favor especial. Te ha dado el Dicho del Poder Supremo.

Jebu no contestó. De modo que esto era lo que Taitaro quiso decir cuando le advirtió de que no debía revelar el Dicho a nadie.

—Nosotros queremos el poder que el padre abad detenta por medio del Dicho. A todos nosotros se nos prometió el mágico Dicho. De otra forma, ¿crees que cualquiera de nosotros se sometería a este infierno en la Tierra de ser un zinja? Ahora sabemos que sólo unos pocos favorecidos lo obtienen realmente. El resto de nosotros nos arrastramos por la vida en la pobreza y la miseria, viviendo con falsa esperanza hasta que nos matan sirviendo a la Orden. Nosotros, Fudo y yo, no estamos entre los favorecidos porque nos descubrieron desobedeciendo algunas tontas reglas de la Orden.

Fudo agregó:

—Hemos resuelto no seguir sufriendo miserablemente. Sabemos que se te ha dado el Dicho del Poder Supremo, Jebu. Debes revelárnoslo.

—Yo no conozco ningún Dicho mágico. El abad ha sido como un padre para mí sólo en los días en que todos pasan el tiempo con su familia. Por lo demás, es tan distante conmigo como lo es con cualquiera. No me ha confiado ningún secreto. Lo que estáis haciendo no está bien. Estáis creando disensión entre los hermanos de la Orden.

—¿Crees tú que existe armonía en la Orden, Jebu? —rió Fudo—. La Orden está plagada de odio y traición, al igual que tú estás mintiéndonos ahora.

«Los zinjás son demonios.» ¿Era esto lo que su padre quería decir?

—Ya basta de esto. —Weicho se apartó del borde de la cripta y reapareció sosteniendo una lanza *naginata*; la pulida hoja de acero relucía roja ante la antorcha. Hundió el arma hacia el foso—. Toca esto, Jebu. —La aguda punta presionó contra el esternón del iniciado. Trató de apartarse de ella y lo arañó. Weicho le sondeó, pinchando su pecho en varios lugares hasta que la punta de la *naginata* llegó a descansar en la parte superior de su vientre, un poco más abajo del tórax.

—Revélanos el Dicho, Jebu, o te abriré el vientre.

—«Un zinja que mata a un hermano de la Orden morirá mil muertes» —citó Jebu del *Manual del Zinja*, el libro de la sabiduría de la Orden.

Fudo lanzó un bufido.

—Ese libro es una colección de cuentos de viejas. Estás equivocado, Jebu. El padre abad cometió la tontería de nombrarnos tus guardianes. Sólo tenemos que decir que te matamos porque estabas tratando de escapar de la cripta.

–No sé de ningún Dicho.

–Mata al perro y acabemos con esto, Weicho.

En el instante en que Jebu sintió que la punta de la *naginata* apretaba contra su piel, golpeó con la mano abierta apartando el arma a un lado. Con un rápido tajo de su otra mano rompió la larga vara sobre la que se apoyaba la hoja. La curva hoja de acero cayó salpicando al agua y Jebu la buscó con la mano. Agarró el extremo de madera roto y sostuvo la hoja de la *naginata* como una espada. Pero todavía no se atrevía a saltar afuera de la cripta.

–Vengan a por mí –los retó.

–Ven tú a por nosotros –replicó Weicho.

–No lo hará –afirmó Fudo–. Todavía piensa que morirá si sale de esa tumba.

–Jebu –advirtió Weicho, suavemente–, podemos hacer que el nivel del agua suba hasta el tope de tu cámara. Dinos el Dicho o te ahogaremos como a un gatito.

–No sé de ningún Dicho.

–Que te vaya bien, entonces, Jebu. Que seas más sabio en tu próxima vida. –Jebu escuchó el rechinar de la piedra; luego, un sordo golpe al caer en su lugar. ¿Estaba el agua más alta? Podía ser que sí.

Había aprendido, como todo aspirante zinja, a disminuir su respiración a fin de no necesitar apenas aire. Podía hacer eso ahora, pero no respirar bajo el agua. El agua le estaba cosquilleando en las aletas de sus fosas nasales. Levantó la cabeza y se retorció hacia atrás en aquel diminuto espacio, de modo que su nuca quedó incrustada en el rincón superior de la caja de piedra. Era una posición incómoda, pero no mucho más que quedar colgando de las manos durante horas en el curso del entrenamiento del Zinja, y era una posición que podía mantener sin esfuerzo consciente. Empezó a contar sus inspiraciones: uno, dos, tres, cuatro... Entró en un trance ligero.

Estaba cabalgando a lomos de un dragón blanco que batía las alas sólo una vez por minuto, tan poderosa era cada aleación. Abajo, a gran distancia, distinguía las cuatro grandes islas de la tierra del Sol Naciente: Hokkaido, Honshu, Shikoku y Kyushu, y las cuatro mil islas más pequeñas. Después, sobrevolaron el azul mar occidental. Volaron a través de un cielo claro, aunque podía ver masas de nubes de tormenta grises y verdes hacia el Sur, como si se acercara un terrible temporal.

Pasaron sobre tierra. A sus pies se extendían enormes ciudades amuralladas y palacios con techos de tejas rojas, a lo largo de la ribera de gigantescos y ondulantes ríos. Vio una muralla de piedra fortificada con torres de vigía, que se perdía en el horizonte como una interminable y retorcida vara de bambú, surcando prados, montañas y valles.

Un poderoso ejército de hombres a caballo cabalgaron hacia la muralla. Todos se movían como un solo hombre, fluyendo cual olas sobre la tierra de abajo. Chocaron contra la pared como un torrente contra una presa.

Vio que se libraba una gran batalla. Los hombres a caballo se enfrentaron a otro ejército de hombres montados en carros de guerra tirados por caballos y lo dispersaron, dejando la tierra cubierta de cadáveres.

Luego, el dragón blanco fue conducido por el viento sobre un desierto pintado de oro por el sol del atardecer. Vislumbró las tiendas de pieles de un pueblo salvaje y sus rebaños de ganado. Los animales pastaban sobre una vegetación gris verdosa. Sintió que el dragón lo estaba llevando de regreso a través del tiempo y del espacio, y que los pastores allá abajo se convertirían en el terrible ejército a caballo que había visto en la tierra de las enormes ciudades.

Después se encontró volando hacia un gigante.

Éste era más alto que las montañas de su alrededor, y se hallaba de pie con una bota plantada a cada lado de un ancho lago. Su cabeza estaba cubierta con un casco de acero guarnecido de cuero. Iba vestido de pieles, y llevaba un collar de joyas alrededor de su cuello. Una gran joya blanca, mayor que todas las demás, fulguraba en su pecho. Su rostro era duro y parecía como roca gastada por el viento. Sus ojos verdes relucían, y reía y estiraba los brazos barriendo las nubes a los lados, mientras el dragón blanco, batiendo las alas lenta y majestuosamente, volaba hacia él.

Con una voz que sacudió la tierra, el gigante exclamó:

—Bienvenido, pequeño primo, a tu patria.

II

Jebu se sintió alzado por muchas manos. Lo pusieron de pie y lo frotaron con mantas calientes. Aún tiritando, trató de deshacerse de aquellos que le ayudaban. Tenía que volver al féretro de piedra lleno de agua, hasta que el padre abad lo llamara.

–Jebu, despierta –apremió la voz de Taitaro. Jebu estaba de pie sobre la cripta frente a Taitaro. Detrás de éste había noventa y nueve urnas de piedra y a cada lado de él se hallaban Weicho, Fudo y los dos monjes que habían acompañado a Jebu a la cripta. ¿Cesaría alguna vez de tiritar?–. Ven arriba, Jebu –instó Taitaro–. Puedes acercarte a un brasero hasta que entres en calor.

Envuelto en una gruesa bata, Jebu subió a tropezones los escalones de piedra, sobre piernas que casi rehusaban moverse y con un monje sosteniéndolo a cada costado. Taitaro les mostraba el camino. Llevaron al arropado Jebu hasta el recinto principal del templo, a un montón de cojines junto al brasero de carbón. Jebu se sentó mirando a Taitaro en el frente del altar. Todos los monjes del cabildo se sentaron en el suelo con las piernas cruzadas en filas, y las grises capuchas echadas sobre la cabeza. El templo estaba aún iluminado por velas colocadas en lámparas de bronce suspendidas del techo. El sol no había salido todavía.

–Dime todo lo que pasó durante la noche –pidió Taitaro.

Jebu comenzó su relato, sin mencionar la visita de Taitaro pero sí lo que ocurrió entre él y Weicho y Fudo. Los dos permanecían sentados, sonriéndole con irritante audacia cuando él los miró acusadoramente. Jebu continuó narrando su jornada a espaldas del dragón blanco y su encuentro con el gigante.

Taitaro profetizó:

–Si aparece un animal o un pájaro en la visión de tu iniciación, significa que ese animal o pájaro te ha adoptado como suyo. No hay *kami* más sabio, poderoso y afortunado que el *kami* de los dragones.

El que cabalgaras sobre un dragón blanco sugiere que tu futuro puede estar enlazado con el del clan Muratomo, cuyo blasón es el Dragón Blanco.

–¿Pero qué significa el gigante? –preguntó Jebu.

–Tal como lo describes, podría ser tu padre o el hombre que mató a tu padre, pero no hay nada en la visión que indique que es el uno o el otro. Es, sin duda, uno de los compatriotas de tu padre. Debe ser un espíritu poderoso, por eso lo viste como un gigante. –Taitaro sonrió–. Tal vez te lleve el resto de tu vida descifrar plenamente los significados de lo que has oído y visto esta noche. Has experimentado una visión auténtica y yo creo que has logrado un discernimiento auténtico. Te doy la bienvenida a las filas de los zinjás. Tráiganle el hábito a un hermano de la Orden.

El júbilo fluyó por Jebu como la dorada luz solar que bañó el desierto en su visión. Las alas del dragón que había visto en esa visión, parecieron de repente ser suyas. Aún sentado sobre los almohadones, con los ojos fijos en Taitaro, en su interior su espíritu se remonó por los aires. Había pasado la prueba, y al fin tenía el premio por el que trabajara desde su más temprana infancia.

Un monje dio un paso adelante con un hábito gris sobre sus brazos extendidos. Jebu miró más allá de él y vio la luz de zafiro de la mañana a través de la abierta entrada del templo. El monje ayudó a Jebu a pasar el hábito gris sobre su cabeza. El hábito zinja era en realidad algo parecido a una túnica, que llegaba un poco más abajo de las rodillas. Las mangas cubrían hasta la mitad del antebrazo. Al lado izquierdo del pecho se había cosido un retazo circular de seda blanca en el que aparecía, bordado con hilo azul, un sauce. Parecía una prenda sencilla, pero estaba forrada con bolsillos ocultos para acomodar una serie de armas y herramientas de los zinjás. Una faja de tela gris servía como cinturón de la túnica. Jebu ató los extremos de la faja en un intrincado nudo de serpiente mundial, que los zinjás siempre usaban con este fin. Se echó la capucha del hábito sobre la cabeza.

–Más allá de este hábito, no necesitas poseer nada –sentenció Taitaro.

Al unísono, los monjes cantaron:

–El gris son todos los colores. La tela es toda la materia. El sauce es todo el tiempo.

–Tráiganle el arco y las flechas del zinja –ordenó el padre abad.

Otro monje se adelantó con el corto y poderoso arco de doble curva, que la Orden había utilizado durante siglos, y una aljaba de tela que contenía veintitrés flechas con varias cabezas: hoja de sauce, cabeza de nabo, horcajadura de rana, penetradora de metales y destripadora. El monje colgó el arco y la aljaba del hombro izquierdo de Jebu. Al mirar hacia la puerta del templo, Jebu advirtió que la luz del cielo era casi blanca.

—Eres guerrero tanto como monje, y monje tanto como guerrero —declaró Taitaro—. Toma el arco y las flechas con repugnancia. Usa el arco con temor. Sufre por aquéllos que caigan bajo tus flechas, pero haz que cada flecha cuente.

Los monjes cantaron:

—Las flechas matan el deseo y señalan el camino del discernimiento.

—Tráiganle la espada del zinja —dijo Taitaro.

Un tercer monje se adelantó con una espada en una sencilla vaina de madera y la abrochó alrededor de la cintura de Jebu. En un acto espontáneo, Jebu sacó la espada y la sostuvo para contemplarla. La espada del zinja era más ancha y como de la mitad de largo que las espadas utilizadas por la mayoría de los samuráis. Pero era pesada y afilada y lo suficientemente dura para cortar a través de roca sólida. El mango era más largo y ancho en el extremo que la mayoría de las espadas de samuráis. Las espadas de los zinjás eran forjadas por la Orden, siguiendo un proceso secreto que llevaba siglos practicándose. Cuando Jebu contempló la espada, su pulida superficie de acero reflejó repentinamente una fulgurante luz que lo deslumbró. Miró hacia la puerta del templo. El sol estaba elevándose. Su borde rojo aparecía sobre la montaña, mostrando en silueta los pinos que crecían en el exterior del templo.

Taitaro aconsejó:

—Toma la espada con repugnancia. Sácala con temor. Sufre por todos los que caigan bajo ella. Pero haz que cada golpe cuente.

Los monjes cantaron:

—La espada es la identidad, que corta a través de la materia y el tiempo y penetra en el verdadero discernimiento.

Taitaro se puso en pie y levantó los brazos.

—¡Dad la bienvenida al nuevo hermano a la Orden del Zinja!

De repente, el templo, siempre tan solemne y callado, se convirtió en un pandemónium. Los monjes vestidos con los hábitos gri-

ses retiraron hacia atrás las capuchas, descubriendo sus cabezas desnudas, y lanzaron gritos de aliento para Jebu. Rompieron filas y se apiñaron a su alrededor, tocándolo, estrechando su mano, dándole palmadas, abrazándolo. Muchos lloraban abiertamente. El orgullo y el júbilo le embargaron como el viento alza una cometa. Era un Zinja. Sobre las cabezas de los monjes pudo ver el pleno disco rojo del sol enmarcado en la puerta del templo.

Luego, se acordó. Weicho y Fudo estaban a la orilla de la muchedumbre que lo rodeaba, sonriéndole como los demás.

Jebu se abrió paso entre el gentío que lo felicitaba y alzó una mano.

—Espere, padre abad. He denunciado a estos dos ante usted. Exijo que emita un juicio.

Taitaro se echó a reír.

—Mi juicio es que son actores consumados. La prueba ante hermanos de la Orden es el clímax de la odisea que un aspirante debe sobrellevar para convertirse en un zinja.

—Nuestra tarea es dura —observó Fudo—. Nuestra obediencia a la orden consiste en ser desobedientes.

—Y nuestro éxito es el fracaso —añadió Weicho con ojos adoloridos—. Si somos lo suficientemente listos para engañar al aspirante, somos nosotros quienes debemos matarlo.

Jebu quería preguntar si habían matado alguna vez. Trató de recordar si después de algunas de las iniciaciones que se habían llevado a cabo en su oportunidad, desapareció misteriosamente el aspirante. Sólo podía recordar cinco iniciaciones y en los cinco casos no volvió a ver después al aspirante.

Como si adivinara su pregunta, Taitaro declaró:

—Después de una iniciación inmediatamente se envía al monje recién ordenado lejos del templo. Los aspirantes no saben qué le ha ocurrido. De esta manera no pueden estar seguros de si una iniciación acabó con la creación de un nuevo hermano o la muerte de un aspirante.

—¿Se me enviará lejos ahora?

—Sí. Iremos a mi celda y te diré adónde te enviaremos. —Taitaro sonrió—. Después tendrás tiempo de despedirte.

* * *

La casa de los monjes estaba construida de vigas de cipreses, cubierta con tejas de corteza y revestida con papel y bambú. Hasta cierto punto se hallaba protegida del acantilado sobre el cual el propio templo descansaba. Más allá de la casa había un establo.

Jebu subió los peldaños y entró en la construcción de un solo piso. Estaba desierta, y las esteras, sobre las que los monjes dormían, enrolladas contra la pared. Las pantallas alrededor de la celda del abad en la esquina noreste del recinto se hallaban cerradas. Taitaro lo esperaba allí; descorrió una pantalla y le hizo una seña de que entrara.

La celda de Taitaro estaba vacía, excepto por un sencillo jarro marrón oscuro, de forma irregular, que descansaba sobre la esquina de una mesa baja, sin pintar. En la jarra se veía dibujado un capullo de peonía rojo profundo, flanqueado por dos ramas de sauce. La pantalla en el lado este de la habitación estaba abierta, ofreciendo una vista del bosque de pinos que crecía en la ladera de la montaña.

Taitaro usaba aún la cuerda blanca de su oficio alrededor del cuello. Se la quitó lentamente y la colocó con cuidado sobre la mesa, ante el jarrón. Sus ojos oscuros, cansados, ardían al mirar a los de Jebu, y éste se dio cuenta de que el padre abad no debía de haber dormido la noche anterior. Taitaro abrió los brazos a su hijastro, se abrazaron y quedaron en silencio juntos. Fue Jebu el que se apartó primero, su mente llena de preguntas sin formular. ¿Qué piensa mi padre de mí ahora?

Sin embargo, fue Taitaro quien hizo la primera pregunta:

—Dime, Jebu, ¿crees que debí haber hecho algo para que la prueba fuera más fácil para ti?

Jebu se quedó asombrado.

—Me hubiera avergonzado para siempre si pensara que usted había hecho alto semejante.

Taitaro sonrió. A Jebu le pareció que se sentía aliviado.

—Tu prueba fue tan dolorosa como la que más para un zinja. Pero no podemos hacer la iniciación tan severa como lo será la vida misma. Para ti, como para todos nosotros, lo peor está aún por venir.

Jebu recordó las palabras que su padrastro le dijo mientras yacía en el féretro de piedra: «Los zingas son demonios».

—¿Podemos hablar del Dicho del Poder Supremo? —preguntó.

—Nada se puede ganar hablando acerca de él, y mucho podría perderse en esa forma. Debes pensar sobre él, vivir con él, para ti mismo, en silencio.

—Entonces, dígame, padre ¿qué tiene la Orden en mente para mí? ¿Hay alguna misión que deba cumplir?

Taitaro se rió entre dientes.

—Hay más misiones que zinjás para realizarlas. Irás a Kamakura, una pequeña población en la costa noroeste de Honshu. Servirás a los Shima, una familia muy acaudalada que se mantiene a la cabeza en Kamakura. Son una rama del clan Takashi.

—Los Takashi —repitió Jebu—. La casa del Dragón Rojo.

—Sí. A pesar de que tu visión fue la del Dragón Blanco de Muratomo, tu primera tarea será entrar al servicio de los archienemigos de los Muratomo, los Takashi.

Durante su entrenamiento, Jebu se había enterado de las guerras entre los dos grandes clanes de samuráis, pero ahora que había pasado por la muerte y el renacimiento de la iniciación, todo eso le parecía bastante remoto.

—Dígame otra vez, *sensei*, por qué es tan grande la enemistad entre los Takashi y los Muratomo.

Taitaro volvió a relatar la historia. Los emperadores de tiempos pasados tenían muchas esposas y muchos hijos. La familia imperial había crecido tanto, que su mantenimiento se tornó una carga insostenible para el tesoro nacional. Se decidió podar algunas de las ramas, darles nuevos nombres y algo de tierra, y dejar que se las arreglaran por sí mismos. A los descendientes del emperador Kammu, que construyó la capital en Heian Kyo, se les llamó los Takashi, y tomaron como símbolo al Dragón Rojo. A los descendientes del Emperador Seiwa se les conoció como Muratomo, y su emblema era el Dragón Blanco.

No dependiendo ya del trono, las recién creadas familias perdieron las maneras gentiles y refinadas de la corte imperial y se tornaron duras e independientes. Tomaron armas para defender sus tierras contra bárbaros fronterizos y contra otros terratenientes que las codiciaban. Armaron a sus sirvientes, que llegaron a ser conocidos como samuráis.

Mientras tanto, el ejército imperial se redujo a unas pocas tropas de cortesanos exquisitamente adornados, que no poseían ni la voluntad ni la habilidad para hacer la guerra. Y así, cuando había que

pelear duramente, cuando los grandes terratenientes se rebelaban contra el trono, cuando los peludos Ainu atacaban por el norte, cuando los piratas hacían el mar interior intransitable, el Hijo del Cielo pedía ayuda a sus primos, los Takashi y los Muratomo. Los armados clanes llegaron a conocerse como los dientes y garras de la corona, y sus ejércitos de samuráis crecieron en número. Inevitablemente, las dos familias se convirtieron en rivales, tratando de superar la una a la otra en hazañas de gloria y conquista.

Irremediablemente, también intervinieron en las intrigas alrededor del emperador. Siempre hubo facciones en busca del poder, en derredor del trono, y aquellos que fallaban en las maniobras políticas, a veces buscaban ganarlo por la fuerza, con la ayuda de los samuráis. Como algo rutinario, cuando los Muratomo tomaban partido por un bando, los Takashi apoyaban a la facción opuesta.

La competencia entre los Takashi y los Muratomo se había convertido en una disputa sanguinaria hacía cuatro años, cuando el hermano del Emperador se levantó en armas, reclamando el trono para sí mismo. El jefe del clan Muratomo salió en apoyo del pretendiente, estableciendo una plaza fuerte en un palacio en Heian Kyo y llamando a refuerzos.

Un prominente miembro de la familia Muratomo permaneció leal al actual Hijo del Cielo. Éste era Domei, capitán de la guardia del palacio, que hizo juramento de proteger al Emperador y que creía que la reclamación del hermano rebelde resultaba ilícita. Domei era hijo del jefe del clan Muratomo, así que su decisión lo colocó en la desesperada posición de pelear contra su propio padre.

Los Takashi también se posicionaron del lado del Emperador. El jefe del clan Takashi era Sogamori, guerrero astuto, ambicioso y sediento de sangre. Viendo que la mayoría de los Muratomo apoyaban al pretendiente, Sogamori vio la oportunidad de arruinar al clan rival entrando en guerra contra ellos. De esta forma, el infeliz capitán Domei se halló peleando al lado de los enemigos de su clan.

Domei era un guerrero audaz, de gran reputación. A pesar de su difícil situación, dirigió la guardia del palacio y a sus temporales aliados Takashi en un ataque nocturno al campo rebelde. Lo redujo a cenizas y capturó a su padre.

El victorioso Emperador tenía ahora que decidir qué hacer con los cabecillas del levantamiento. Desde la llegada de Buda con sus gentiles maneras a las Islas Sagradas, siglos antes, se habían lleva-

do a cabo muy pocas ejecuciones. Los rebeldes que sobrevivieron a los riesgos de la batalla podían esperar, en el curso normal de los acontecimientos, un castigo no mayor que el exilio. La pena de muerte sólo se les imponía a los plebeyos, y aun así únicamente cuando se les hallaba culpables de asesinatos o graves robos. Sogamori conmovió a la capital al pedir la ejecución de todos los cabecillas rebeldes capturados.

Sogamori tenía un aliado cercano al trono, el príncipe Sasaki no Horigawa, consejero imperial, quien insistió en la imposición de la pena de muerte ante el Consejo del Emperador. Finalmente, el Hijo del Cielo decretó más de setenta ejecuciones. Yendo aún más lejos que eso, ordenó a Domei que decapitara a su propio padre, el jefe del clan Muratomo.

Finalmente, otro miembro de la familia Muratomo se ofreció para cumplir la sentencia, y luego se mató abriéndose el estómago con una daga.

—¡Qué dolorosa debe de haber sido esa muerte! —exclamó Jebu—. ¿Por qué se infligiría uno a sí mismo, premeditadamente, semejante castigo?

—Es una nueva práctica entre los samuráis —explicó Taitaro—. Se quitan la vida para lavar las manchas de honor. Como no quieren que se rumoree que se suicidaron por falta de valor, se infligen la muerte más dolorosa que se pueda imaginar.

En lugar de recompensar a Domei por su lealtad hacia su persona, el Hijo del Cielo lo hizo a un lado desde entonces, resentido porque Domei no hubiera podido ejecutar a su padre. Los Takashi, por otro lado, disfrutaban del favor del Emperador y se les elevó a nuevas alturas. Sogamori, el líder de los Takashi, fue nombrado Ministro de la Izquierda, uno de los principales consejeros del emperador.

Domei, aún capitán de la guardia de palacio, era ahora el jefe del clan Muratomo, y hervía de odio hacia aquellos que habían maquinado la muerte de su padre y su propio desengaño. Y por todo el país, a la menor provocación, se entablaban pequeñas batallas entre los partidarios de los Takashi y los de Muratomo.

—Es a esta caldera a donde estoy a punto de arrojarte —manifestó Taitaro con una débil risita—, al enviarte al servicio de la familia Shima, de Kamakura.

—¿Qué tendré que hacer?